

QUINCE ASALTOS
Manuel Jiménez Friaza
Edit. Asoc. Literaria Huebra
2009

PRÓLOGO

Cómo es que voy a romper, al presentar con estas líneas al público el libro de M. J. F., la inveterada querencia de no escribirle prólogos a nadie, es cosa que no puedo explicar yo mismo; pero en el hecho de que lo esté haciendo puede leer cualquiera que algo he debido de encontrar en estos asaltos de M. J. F. que sea un tanto singular o nuevo para mis ojos o mis oídos. Algo de eso debe de haber; y ya puestos a la labor, más vale que diga lo que me parece que es ello, por si acaso el público (que es, sin embargo, como público, mucho más listo de lo que uno o yo por separado podamos serlo) no se diera cuenta de la cosa.

Pienso que es sobra todo la bondad con que las cosas están dichas y se lanzan los asaltos a los varios fantasmas o ideas dominantes de nuestro mundo: no el encono y la acritud que es natural que quiebre el estilo de los críticos de la Sociedad, de su moral y su política, que, al descubrir alguna parte del engaño y la inconsciencia en que se asientan las instituciones que organizan nuestra vida, no pueden evitar sentirse separados, más o menos misantrópicos, y que así la denuncia lógica se tiña con los tonos de la ira y el rencor; ni tampoco esa grito desmadrada con que tantos muchachos heridos que se lanzan a contestar el Orden, ya en verso libre o ya en panfleto, dejan perderse la fuerza del ataque por lo furioso (y literario, ay: que siempre van juntas brutalidad y pedantería) de la retórica con que se pronuncia: no, sino que aquí seguirá el lector, en un hilo razonable y tranquilo, una serie de reflexiones de ojos traslúcidos y corazón aún sensitivo (no quiero que se entienda mal si los digo ingenuos) sobre algunas principales mentiras del tinglado que nos tienen armado para recibir la muerte como vida, reflexiones que, si resultan ataques furibundos, lo serán por la propia veracidad de lo que dicen, no por lo desgarrado del estilo. Y aun por el contrario, tal vez hace falta que estas denuncias se formulen con un tono así, sereno y bondadoso, para que puedan ser más eficaces, y que el rechazo de la acritud en los oyentes bien-pensantes no arrastre consigo la veracidad de la denuncia.

Así resulta que me encuentro a lo largo de este libro muchos descubrimientos y fórmulas de denuncia que me son familiares, pero que, acostumbrado a verlos surgir más chocantes y debatirse con cierto escándalo, me resulta placentero leerlos aquí formulados de tal manera que casi suenan a cosas de sentido común: como deben: pues, siguiendo lo que Razón misma indica en los restos del libro de Heraclito, no es otra cosa que razón común y común sentido la razón que, denunciando la mentira reinante, se revela a sí misma en las cosas y procesos de la realidad; de modo que un razonamiento inteligente (esto es, honrado) no puede hacer más cosa que decir lo que todo el mundo en común sabe, sólo que, creyendo cada uno saber algo por su cuenta, generalmente no se aperciban de lo que saben en común, siendo así que ese falso saber de cada uno no puede menos de coincidir con la mentira imperante para todos, que es lo contrario del común sentir. Así que debe ser bienvenido eso de que en los ataques de M. J. F. suenen las lúcidas contradicciones a las

ideas dominantes con el mismo tono de sentido común con que esas ideas se hacen oír continuamente, como repetición de los tópicos recibidas, bajo forma de ideas personales, con la pretensión de hacerse pasar por razón común.

¿Podrá este modo de decir sensato y mesurado traer consigo que se pierda con ello algo de lo hiriente y destemplado que, por otro lado, es lógico que tenga la voz de la razón común, si ha de hacerse oír contra tantas ideas personales y mandadas desde arriba?: ¿que a favor de la ecuanimidad del tono, se cuele todavía en la refutación un tanto de conformidad y contemplaciones con ideas dominantes y personales? Puede ser que así sea, y además es inevitable que, sea cual sea el estilo, al tener que pasar la razón por la boca de uno, se le pegue algo de ideas personales, y por tanto dominantes. Pero no estoy seguro de que no sea buena táctica, aun con ese riesgo y todo, ensayar también este tono de reflexión que M. J. F. desarrolla aquí ejemplarmente, al lado al menos y hasta en contradicción con otros tonos más virulentos y menos sosegados.

En cualquier caso, a mí este intento, y la mezcla de lógica despiadada y piadosa bondad que en él me suena han acertado a seducirme, y no puedo por menos de recomendar los Asaltos de M. J. F. al público en general, a lo que en él, como público, late de sentido común en pugna con las ideas de todos y cada uno. Y en cuanto al propio autor, desearía, aunque fuese haciendo de tripas corazón, animarle en esta lucha, y para ello, añadir algo a la duda con que termina el 7º Asalto, donde, a propósito de la condena de inoperancia que fulmina un personaje de un filme sobre el «sentimental sin ideología», se pregunta M. J. F. si no será que «como los aqueos del Peloponeso, sin el escudo ideológico, nunca podremos asaltar las altivas murallas de Tebas»: añadir que, como él sabe ciertamente, siempre cabe la gélida sospecha (aunque nunca la demostración) de que el Señor sea todopoderoso, de que todo esté hecho, de que por tanto también los asaltos y contradicciones estén incluidos en el Plan Total, y que, en fin, nunca puede uno estar seguro (la seguridad es cosa de Ellos) de que está de veras rebelándose, revelando ni negando nada; pero que, sea de ello lo que sea (pues a ese azar nos jugamos la vida de todos modos), lo que sí es claro y de común sentido es que, con escudos ideológicos para la rebelión, con el mantenimiento de ideas en que apoyarnos para negar las imperantes, no hacemos más que conservar lastre y engaño y preparar el consabido fin de que el derrocamiento de Tebas no sea más que la reconstrucción de Tebas, otra para ser la misma; y que cuanto más limpio de ideas se lance el ataque, cuanto más puramente negativo (ideas ya tienen bastantes Ellos), más probabilidades hay de que sea, cuanto más verdadero, tanto más eficaz también acaso.

Agustín García Calvo

Zamora, 28 de noviembre de 1983